ESTA HISTORIA

Ouverture

De Alessandro Baricco (fragmento inicial)

Tibia era la noche de mayo en París, en mil novecientos tres. Saliendo de sus casas, cien mil parisinos se dejaron la noche a medias, y fluyeron en masa hacia las estaciones de Saint-Lazare y Montparnasse, estaciones de tren. Algunos ni siquiera se fueron a dormir, otros pusieron el despertador a una hora absurda para saltar de la cama, lavarse sin hacer ruido y **darse de bruces con las cosas**, buscando la chaqueta. En algunos casos, eran familias enteras las que se marcharon, pero por regla general fueron individuos solos los que emprendieron el viaje, en gran parte en contra de toda lógica o sentido común. Las esposas, en las camas, más tarde, estiraban sus piernas hacia el lado ahora vacío. Los padres intercambiaban unas palabras, restadas a la discusión del día anterior, de los días previos, de las semanas previas. Estaban centradas en la independencia de los hijos. El padre se incorporaba y miraba la hora. Las dos.

Era un ruido muy extraño porque cien mil personas a las dos de la madrugada son como un torrente que corre sobre un cauce de nada, desaparecidos los guijarros, mudo el lecho. Sólo el agua contra el agua. **Así corrían sus voces**, entre persianas cerradas, calles vacías y objetos inmóviles. Fueron cien mil los que tomaron al asalto las estaciones de Saint-Lazare y Montparnasse, porque tenían miedo de no encontrar sitio en los vagones que iban a Versalles. Pero al final todos encontraron un sitio en los vagones que iban a Versalles. El tren salió a las dos y trece minutos. Ya corre, ese tren que va a Versalles. En los jardines del rey, pastando en la noche, provisionalmente dóciles bajo las carcasas de hierro, en torno a su corazón de pistones, los aguardaban 224 AUTOMÓVILES, quietos sobre la hierba, entre un vago olor a aceite y a gloria. Estaban allí para disputar la gran carrera, de París a Madrid, Europa hacia abajo, desde la niebla hasta el sol.

Déjame ir a ver el sueño, la velocidad, el milagro, no me detengas con una mirada triste, esta noche déjame vivir ahí mismo, en el límite del mundo, sólo esta noche, luego volveré. En los jardines de Versalles, madame, tiene su salida la carrera de los sueños, como la del Panhard-Levassor de 70 caballos, cuatro cilindros de acero perforado, como los cañones.

Podían alcanzar, esos AUTOMÓVILES, los 140 kilómetros por hora, arrancados a carreteras de tierra y baches, en contra de toda lógica y sentido común, en un tiempo en el que los trenes, **sobre la brillante seguridad de los raíles**, a duras penas alcanzaban los 120. Tanto era así que en la época estaban convencidos —convencidos— de que más rápido ya no se podía ir, humanamente hablando: ésa era la última frontera, y ése era el límite del mundo. Esto explica cómo fue posible que cien mil personas aparecieran por la estación de Versalles, a las tres de la madrugada, en la tibia noche de mayo, deja que me vaya a vivir allí abajo, al límite del mundo, sólo esta noche, te lo ruego, luego volveré.

Si era uno solo el que cruzaba la carretera del campo, **corrían con la lengua fuera** a través de los trigales para ir a encontrarse con esa nube de polvo, y de las trastiendas salían corriendo como niños para ver pasar uno por delante de la iglesia, diciendo que sí con la cabeza. Pero 224 todos juntos, eso era una pura maravilla. Los más veloces, los más pesados, los más famosos. Eran reyes —el AUTOMÓVIL era rey, porque todavía no había sido concebido como siervo; había nacido rey, y la carrera era su trono, su corona; todavía no existían los automóviles, existían los REYES, ven a verlos a Versalles, en esta tibia noche de mayo, en París, mil novecientos tres.

Para partir esperaron a que amaneciera. Luego, con la señal, emprendieron el camino hacia Madrid. El reglamento establecía que salieran a intervalos de un minuto. El recorrido había sido trazado en tres etapas: la suma de los tiempos determinaría quién era el ganador. También había motos, pero no era lo mismo. El coche de delante era una nube de polvo que había partido un instante antes que tú. Cuando entrabas en la nube, sabías que lo tenías a tiro. No lo veías, pero sabías que ahí estaba. Entonces a ciegas te metías allí adentro. Y eso podía seguir siendo así durante kilómetros. Cuando por fin veías la parte trasera, empezabas a gritar para que te abrieran paso. Permanecías en el polvo a ciegas hasta que lo alcanzabas y el morro se ponía por delante. Entonces se abría la nube y volvías a ver delante de ti. Fuera lo que fuera lo que apareciera, era para ti, te lo habías ganado en la locura del adelantamiento, y ahora te estaba esperando. Un recodo, el estrechamiento de un puente, el éxtasis de una recta entre los álamos. El caucho de los neumáticos rozaba zanjas, guardacantones, pretilos y rostros **con los ojos en blanco de un público incrédulo**. Uno nunca sabía cómo podían salir vivos de aquello. Los españoles, por su parte, allí en Madrid, esperaban la llegada de la carrera para la mañana siguiente, al amanecer. Por si acaso, decidieron pasar la noche —bailando.